

James Agee

Una muerte en la familia

Traducción de Carmen Criado



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *A Death in the Family*

Primera edición: 2015
Segunda edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Lew Long: *Consejo de padre*
© Lew Long / Corbis / Cordon Press
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © The James Agee Trust, 1938, 1956, 1957
Copyright renewed © Mia Agee, 1985. All rights reserved
© de la traducción: Carmen Criado Fernández, 2007
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2015, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-126-9
Depósito legal: M. 21.371-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

| | |
|-----|---------------------------|
| 9 | Una nota sobre este libro |
| 11 | Knoxville: verano de 1915 |
| 19 | Primera parte |
| 21 | Capítulo 1 |
| 36 | Capítulo 2 |
| 61 | Capítulo 3 |
| 68 | Capítulo 4 |
| 76 | Capítulo 5 |
| 82 | Capítulo 6 |
| 96 | Capítulo 7 |
| 107 | <i>[Escenas]</i> |
| 143 | Segunda parte |
| 145 | Capítulo 8 |
| 175 | Capítulo 9 |
| 184 | Capítulo 10 |
| 199 | Capítulo 11 |
| 225 | Capítulo 12 |
| 258 | Capítulo 13 |
| 266 | <i>[Escenas]</i> |
| 305 | Tercera parte |
| 307 | Capítulo 14 |

Índice

| | |
|-----|-------------|
| 315 | Capítulo 15 |
| 325 | Capítulo 16 |
| 347 | Capítulo 17 |
| 374 | Capítulo 18 |
| 390 | Capítulo 19 |
| 399 | Capítulo 20 |

Una nota sobre este libro

James Agee murió repentinamente el 16 de mayo de 1955. Esta novela, en la cual había trabajado durante muchos años, se presenta aquí exactamente tal y como él la escribió. No ha sido reescrita y nada se ha eliminado en ella, exceptuando unos cuantos pasajes del primer borrador que el autor reelaboró después detalladamente y un fragmento de unas siete páginas que los editores no lograron encajar satisfactoriamente en el cuerpo de la obra.

Agee había finalizado *Una muerte en la familia* antes de su muerte y el único problema de los editores consistía en insertar en el relato varias escenas ajenas al lapso temporal en que éste se desarrolla. Finalmente se decidió imprimirlas en cursiva y colocarlas al final de la primera y la segunda partes. Parecía presuntuoso tratar de adivinar dónde podría haberlas incluido el autor. De este modo se obviaba también la necesidad de componer un

material de transición. Se ha añadido el breve pasaje titulado «Knoxville, verano de 1915», que hace las veces de prólogo. No formaba parte del manuscrito que dejó Agee, pero, indudablemente, los editores le habrían instado a incluirlo en la redacción final.

Es imposible adivinar hasta qué punto él habría pulido o reescrito la novela, ya que era un escritor meticuloso e incansable. Sin embargo, en opinión de sus editores, *Una muerte en la familia* es una obra de arte casi perfecta. El título, como el resto de la obra, corresponde a James Agee.

Knoxville: verano de 1915

Hablamos ahora de las tardes de verano en Knoxville, Tennessee, en la época en que yo vivía allí, tan perfectamente disfrazado de niño ante mí mismo. Era aquél un bloque un poco mezclado, básicamente de clase media baja con una o dos excepciones en uno y otro lados. Las casas estaban en consonancia: edificios de madera de tamaño mediano, graciosamente decorados con grecas y construidos a fines del siglo diecinueve y principios del veinte, con pequeños jardines delante y a los lados y otro más espacioso detrás, con árboles en los jardines y con porches. Los árboles eran de madera blanda: chopos, tulíperos y álamos de Virginia. Una o dos casas estaban rodeadas de vallas pero, por lo general, los jardines se solapaban, con sólo aquí o allá algún seto que no prosperaba gran cosa. Había pocas amistades entre los adultos y no eran lo bastante pobres como para que existiera entre ellos otro tipo de relación más íntima, pero todos se saludaban con la cabeza, se

hablaban y hasta charlaban a veces, brevemente, acerca de cosas triviales en los dos extremos de lo general o lo particular, y los vecinos más próximos conversaban habitualmente un buen rato cuando coincidían, a pesar de que nunca se visitaban. Muchos de los hombres eran pequeños comerciantes, uno o dos eran directivos muy modestos, uno o dos trabajaban con las manos, la mayor parte eran simples oficinistas y casi todos tenían entre treinta y cuarenta y cinco años de edad.

Pero es de esas tardes de lo que hablo.

La cena era a las seis, y a las seis y media había terminado. Para cuando los padres y los niños salían, la luz del sol brillaba aún suavemente y con un lustre opaco, como el interior de una concha, y los faroles de acetileno que se alzaban en las esquinas estaban encendidos en la luz del atardecer, y comenzaban a oírse las cigarras, y las luciérnagas ya habían salido, y unas cuantas ranas saltaban pesadamente sobre la hierba húmeda. Primero los niños corrían desenfrenados gritando los nombres por los que se conocían; luego, sin prisa, salían los padres con sus tirantes cruzados y la camisa sin cuello, de forma que el suyo propio parecía largo y desnudo. Las madres seguían en la cocina fregando y secando, guardando los cacharros, cruzando y volviendo a cruzar sus pasos sin huella como los eternos viajes de las abejas y midiendo el cacao para el desayuno. Cuando salían se habían quitado el delantal, y tenían la falda húmeda, y se sentaban silenciosamente en las mecedoras de los porches.

No es de los juegos a los que jugaban los niños en aquellas tardes de lo que quiero hablar ahora, sino de una atmósfera que se creaba al mismo tiempo y que poco tenía

que ver con ellos: la de los padres de familia, cada uno en su propio espacio de césped, con su camisa pálida como un pez bajo aquella luz no natural y su rostro casi anónimo, regando su jardín. Las mangueras se acoplaban a las espigas que sobresalían de los cimientos de ladrillo de las casas. Las lanzas se ajustaban de diversas maneras, pero generalmente de forma que arrojaran un largo y dulce surtidor de agua pulverizada, la boquilla mojada en la mano y el agua goteando a lo largo del antebrazo derecho y el puño arremangado y trazando un cono de curva baja y larga con un sonido delicado. Primero, un ruido enloquecido y violento en la boquilla, luego el sonido todavía irregular del ajuste, después el acomodo a un flujo regular y a un tono tan perfectamente afinado con respecto al tamaño y al estilo de la corriente como un violín. Tantas calidades de sonido procedentes de una sola manguera; tantas diferencias corales en las distintas mangueras al alcance del oído. A partir de cada una de ellas el silencio casi completo del fluir del agua, el breve arco trazado por las gotas separadas, silencioso como el aliento contenido, y un único ruido, el agradable sonido que causaba cada goterón al caer sobre las hojas y sobre la hierba castigada. Eso, y el intenso siseo que acompañaba a la intensa corriente; eso, y la intensidad que se hacía no menos sino más tranquila y delicada con cada giro de la lanza hasta llegar a un suave susurro cuando el agua no era sino una amplia campana formada por una película de agua. Sin embargo, en su mayoría las mangueras se ajustaban de una forma muy semejante, alcanzando un compromiso entre la distancia y la dulzura del rocío (y sin duda había una sensibilidad artística tras este compromiso, y un deleite profundo y tranquilo, demasiado real para

reconocerse a sí mismo), y los sonidos, por lo tanto, se ajustaban a un tono muy parecido, punteados por el resoplido del arranque de una nueva manguera, adornados por un hombre que jugueteaba con la lanza, haciendo sentir un vacío, como el que siente Dios cuando muere un gorrión, cuando sólo uno de ellos desistía, diferentes, aunque semejantes, todos ellos y todos ellos sonando al unísono. Estas dulces y pálidas corrientes arrastran consigo a la luz del atardecer su palidez y sus voces, las madres que mandan callar a sus hijos, el silencio prolongado artificialmente, los hombres, tranquilos y silenciosos, encerrados como caracoles en la quietud de aquello en que cada uno se ocupa individualmente, el orinar de unos niños enormes en posición vagamente militar frente a una pared invisible, felices y sosegados, saboreando la mezquina bondad de su vida como saborean en la boca la reciente cena, mientras las cigarras prolongan el sonido de las mangueras en una clave mucho más alta y aguda. El ruido que hacen las cigarras es seco, y no parece el resultado de una fricción o de una vibración, sino que surge de ellas como surge un aliento inextinguible a través de un pequeño orificio. Nunca se oye una sola, sino la ilusión de que son al menos un millar. El sonido que cada una produce se ajusta a un registro clásico respecto al cual ninguna se desvía más de dos tonos completos; y, sin embargo, nos parece oír cada cigarra como distinta del resto, y hay una pulsación larga y lenta en ese sonido como el arco apenas definido de un puente largo y alto. Están en cada árbol, de forma que el ruido parece llegar al tiempo de todas partes y de ninguna, de todo el cielo nacarado, estremeciendo tu carne y atormentando tus tímpanos, el más audaz de todos los ruidos nocturnos. Y

sin embargo, es habitual en las noches de verano, y pertenece a esa gran categoría de sonidos a la que corresponden el ruido del mar y el de su nieta precoz, la sangre, aquellos que sólo nos damos cuenta que oímos cuando nos sorprendemos escuchándolos. Mientras tanto, desde allá abajo en la oscuridad, justo más allá del horizonte oscilante de las mangueras, transmitiendo siempre la sensación de la hierba humedecida por el rocío y su fuerte olor de un verde ne-gruzco, surgen los ruidos regulares, aunque espaciados, de los grillos, cada uno de ellos un sonido dulce, argentino y frío formado por tres notas como si alguien pasara uno a uno tres eslabones iguales de una pequeña cadena.

Pero ahora los hombres, uno por uno, han silenciado sus mangueras y las han escurrido y enrollado. Ahora sólo quedan dos, ahora uno, y sólo ves una camisa fantasmagórica con ligas en las mangas y el grave misterio de un rostro tan apacible como la cara levantada de una vaca que se pregunta acerca de tu presencia en una oscura pradera; y ahora él también se ha ido y ha llegado esa hora del atardecer en que todos se sientan en el porche meciéndose tranquilamente, y hablando tranquilamente, y mirando la calle y cómo se elevan en la esfera de su propiedad los árboles, los refugios para pájaros y los cobertizos. Pasa gente; pasan cosas. Un caballo tirando de una calesa y quebrando su hueca música de hierro sobre el asfalto; un automóvil ruidoso; un automóvil callado; parejas que andan sin prisa, arrastrando los pies, balanceando el peso de sus cuerpos estivales, hablando despreocupadamente mientras flota sobre ellas un sabor de vainilla, de fresa, de cartón y de leche, y, sobre ellos, la imagen de amantes y jinetes completada con payasos de un ámbar sin matices. Un tranvía eleva su que-

jido de hierro, se detiene, suena la campanilla, y arranca entre estertores, despertando y elevando de nuevo su quejido de hierro, y sus ventanillas doradas y sus asientos de paja pasan, y pasan, y pasan, deslizándose ante los ojos de todos, mientras una pálida chispa maldice y crepita sobre él como un espíritu maligno decidido a seguir sus huellas; arrecia el sonido de su quejido de hierro conforme acelera; arrecia aún más, se apaga; se detiene, se oye débilmente el sonido estridente de la campanilla; arrecia de nuevo, se apaga, se va apagando, el sonido va arreciando, arrecia, se apaga, se desvanece ignorado, olvidado. Ahora la noche es un rocío azul.

Ahora la noche es un rocío azul; mi padre ha escurrido y ha enrollado la manguera.

Allá abajo, a lo largo del césped de los jardines, alienta un fuego que se extingue.

Satisfecho, plateado, como un destello de luz, cada grillo repite una y otra vez su comentario sobre la húmeda hierba.

Un sapo frío chapotea con fuerza.

En las húmedas sombras de los jardines laterales, unos niños casi enfermos de alegría y de miedo observan cómo un poste de teléfonos va quedando sin protección.

En torno a la luz blanca de los faroles de las esquinas, insectos de todos los tamaños se elevan como sistemas solares, elípticos. Unos cuantos de caparazón duro, agresores, se magullan; uno de ellos ha caído boca arriba y agita sus patas en el aire.

Los padres, en los porches, se mecen y se mecen. De las húmedas guirnaldas cuelgan los rostros antiguos de los dondiegos.

El ruido seco y exaltado de las cigarras, que llena el aire entero, hechiza mis tímpanos.

Sobre la hierba húmeda del jardín trasero, mi padre y mi madre han extendido cobertores. Todos nos echamos en ellos, mi madre, mi padre, mi tío, mi tía, y yo también. Primero nos sentamos, después uno de nosotros se tiende, y luego todos nos tendemos, boca abajo o de lado, mientras ellos siguen hablando. No dicen mucho, y su charla es tranquila, sobre nada en especial, sobre absolutamente nada en especial, sobre nada. Las estrellas son grandes y están vivas; cada una de ellas es como una sonrisa muy dulce y parecen estar muy cerca. Todos mis parientes tienen cuerpos más grandes que el mío, son tranquilos y sus voces son amables y carecen de sentido, como las de los pájaros dormidos. Uno de ellos es pintor y vive en casa. Otra es música y vive en casa. Otra es mi madre, que es buena conmigo. Otro es mi padre, que es bueno conmigo. Por azar están todos aquí, en esta tierra; y quién podrá describir nunca la tristeza que produce estar tendido en ella un atardecer de verano, sobre cobertores, sobre la hierba y rodeado de ruidos nocturnos. Que Dios bendiga a los míos, a mi tío, a mi tía, a mi madre, a mi buen padre. Recuérdales, oh, con amor en sus momentos de dificultad y en la hora de su partida.

Al poco rato me llevan a la cama. El sueño, dulce sonrisa, me atrae a su seno; y los que tan plácidamente me tratan me reciben como alguien familiar y querido en esta casa, pero nunca, ah, no, ni ahora ni nunca, nunca me dirán quién soy.

Primera parte

Capítulo 1

Aquella noche durante la cena, como tantas otras veces, dijo su padre:

–¿Y si fuéramos al cine?

–¡Oh, Jay! –dijo su madre–. ¡Ese horrible hombrecillo!

–¿Qué tiene de malo? –preguntó su padre, no porque no supiera lo que iba a decir, sino para que lo dijera.

–¡Es tan *desagradable!* –dijo ella, como siempre–. ¡Tan *vulgar!* ¡Con ese bastón tan desagradable, levantando faldas y todo tipo de cosas, y con esos andares tan desagradables!

Su padre se echó a reír, como siempre, y Rufus pensó que aquello se había convertido en una broma vacía, pero, como siempre, la risa le alegró; sentía que reír le unía a su padre.

Rodeados de una claridad nacarada, fueron andando al centro, hasta el Majestic, y, a la luz de la pantalla, en-

contraron sus asientos en medio de un estimulante olor a tabaco rancio, a sudor maloliente, a perfume y a calzoncillos sucios mientras el piano tocaba una música rápida y los caballos al galope levantaban una grandiosa bandera de polvo. Y ahí estaba William S. Hart con sus dos revólveres lanzando llamaradas, y su alargada cara de caballo, y su boca grande y dura, y el paisaje se alejaba tras él tan ancho como el mundo. Después hacía un gesto tímido a una chica, y su caballo levantaba el bello superior, y todos reían, y luego llenaban la pantalla una ciudad y la acera de una bocacalle y una larga fila de palmeras, y aparecía Charlie. Todos se echaron a reír en el momento en que le vieron andar con las rodillas separadas y las puntas de los pies hacia fuera, como si estuviera escocido; el padre de Rufus se rió y Rufus se rió también. Esta vez Charlie robaba una bolsa de huevos, y un policía venía, y él los escondía en el fondillo de sus pantalones. Luego veía a una mujer muy guapa, y comenzaba a andar con las rodillas dobladas, y a hacer girar su bastón y a poner caras tontas. Ella erguía la cabeza y se alejaba con la barbilla muy alta, frunciendo todo lo que podía los labios pintados de un color oscuro, y él la seguía afanosamente haciendo con su bastón todo tipo de cosas que hacían reír a la gente, pero ella no le hacía caso. Finalmente la mujer se detenía en una esquina para esperar un tranvía, de espaldas a él y haciendo como si no existiera, y después de tratar de atraer su atención, sin conseguirlo, Charlie se volvía hacia el público, se encogía de hombros y hacía como si fuera *ella* la que no existiera. Pero después de golpear el suelo con el pie un ratiño fingiendo que no le importaba, volvía a interesarse

por ella, y con una sonrisa encantadora tocaba el ala de su sombrero hongo; entonces ella se erguía aún más, levantaba la cabeza de nuevo y todos se reían. Luego él iba de un lado a otro detrás de ella, sin dejar de mirarla y doblando las rodillas mientras andaba sin hacer ningún ruido, y todos se reían de nuevo; después, con un movimiento rápido, cogía el bastón por el extremo recto y, con el extremo curvado, le levantaba la falda hasta la rodilla, exactamente de ese modo que tanto disgustaba a mamá y mirando ávidamente sus piernas, y todos se reían estrepitosamente; pero ella hacía como si no hubiera notado nada. Luego él hacía girar su bastón y de pronto se ponía en cuclillas, se subía los pantalones, y de nuevo le levantaba la falda para que pudiéramos ver las bragas que llevaba, que tenían casi tantos volantes como los bordes de los visillos, y todos volvían a reír a carcajadas, y entonces ella se daba la vuelta furiosa y le daba un empujón en el pecho, y él se caía sentado con las piernas rígidas dándose un golpe que por fuerza tenía que dolerle, y todos se reían de nuevo a carcajadas; y entonces ella se alejaba altiva por la calle olvidándose del tranvía, «hecha un basilisco», como decía su padre con regocijo; y allí quedaba Charlie, sentado en la acera, y por su expresión, como de asco y disgusto, veías que de pronto se acababa de acordar de los huevos, y en ese momento tú también te acordabas de ellos. La expresión de su cara, con el labio fruncido dejando ver los dientes y su sonrisita de asco, te hacía experimentar la sensación que esos huevos rotos debían de producir en los fondillos, una sensación tan rara y tan horrible como la que sintió él ese día en que llevaba aquel traje blanco de piqué, cuando

aquello le resbaló a lo largo de las perneras manchando el pantalón y los calcetines y tuvo que volver a casa de ese modo mientras la gente le miraba. El padre de Rufus se desternilló de risa como todos los demás, y a Rufus le dio lástima de Charlie por haberse encontrado hacía poco en un trance similar, pero la capacidad de contagio de la risa fue demasiado para él y se echó a reír también. Y luego aún fue más divertido cuando Charlie se levantó de la acera con mucho cuidado, con esa sonrisa de asco aún más pronunciada en la cara, y se puso el bastón bajo el brazo, y comenzó a pellizcarse los pantalones, por delante y por detrás, con mucho cuidado y con los meñiques levantados, como si estuvieran demasiado sucios para tocarlos, apartando de la piel la tela pegajosa. Luego se llevó la mano a la espalda, y sacó la bolsa llena de huevos rotos, y la abrió, y miró en su interior; y sacó un huevo roto y separó con asco las dos mitades de la cáscara dejando que la yema resbalara de la una a la otra, y luego lo soltó con un gesto de disgusto. Después volvió a mirar al interior y sacó un huevo entero, con la cáscara pegajosa por la yema que la recubría, y lo limpió frotándolo cuidadosamente en la manga, y lo miró, y lo envolvió en su pañuelo sucio y se lo guardó cuidadosamente en el bolsillo del pecho de su chaqueta. Luego se sacó el bastón de debajo de la axila, lo empuñó de nuevo y, dirigiendo una mirada final a todos, aún con su sonrisa de asco pero alegre al mismo tiempo, se encogió de hombros, se volvió de espaldas, echó hacia atrás con sus zapatos, como un perro, las cáscaras rotas y la bolsa pegajosa, se volvió a mirar aquel revoltijo (todos se rieron de nuevo cuando lo hizo) y comenzó a alejarse inclinando

mucho el bastón con cada paso y separando más que nunca las rodillas dobladas, pellizcándose constantemente el fondillo de los pantalones con la mano izquierda, sacudiendo primero un pie y luego el otro, rebuscando a fondo una vez en sus pantalones, parándose después para sacudirse entero como un perro mojado y echando a andar otra vez, mientras, en la pantalla, se cerraba en torno a su figura un repentino círculo de oscuridad; luego, el pianista tocó otra canción y vinieron los anuncios fijos en color. Se quedaron a ver el comienzo de la película de William S. Hart para asegurarse de por qué había matado al hombre que llevaba aquel chaleco tan elegante –tal como habían supuesto, por la cara entre asustada y complacida de la chica después del suceso, el hombre la había ofendido y había estafado a su padre–, y entonces el padre de Rufus dijo: «Creo que fue aquí donde llegamos», pero vieron cómo Hart volvía a matar al hombre y luego salieron.

Había anochecido totalmente, pero aún era temprano; la calle Gay estaba llena de rostros absortos; muchos de los escaparates seguían encendidos. Figuras de escayola, en posturas elegantes, vestían rígidamente ropas nuevas intocables; hasta un niño había, con pantalón corto recto, las rodillas al aire y calcetines largos, evidentemente un mariquita, pero llevaba una gorra y no un gorro como un bebé. Todo el interior de Rufus se revolvió al ver la gorra. Miró a su padre, pero éste no se dio cuenta; su cara reflejaba el buen humor de la memoria de Charlie. Al recordar la negativa del año anterior, aunque en ese caso había procedido de su madre, Rufus tuvo miedo de hablar de ello. A su padre no le importaría, pero ella no